



A LA DERIVA EN EL MAR DE LAS LLUVIAS Y OTROS RELATOS

Antología de ciencia ficción contemporánea

Edición de Mariano Villarreal

Relatos de Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn, Ian Sales

Premios Hugo 2010 y 2014, Nebula 2013, British Science Fiction 2012

En *A la deriva en el mar de las Lluvias y otros relatos* el lector podrá encontrar emotivas historias acerca del último viaje espacial de una madura mujer astronauta, de las consecuencias de comercializar muñecas capaces de superar el test de Turing, del uso de la animación suspendida para la explotación comercial de cadáveres, del difícil camino hacia el entendimiento y el perdón, de la subjetividad en el terreno de la percepción, de relaciones familiares alternativas surgidas tras un desastre ecológico, bellísimas historias de amor en clave de poema y nuevas oportunidades para la humanidad tras la completa destrucción de la Tierra.

Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de ocho destacados escritores, cinco hombres y tres mujeres, que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual.

- Mary Robinette Kowal, autora de *The Lady Astronaut from Mars*, 2012.
- Ken Liu autor de *The Algorithms for Love*, 2004
- Will McIntosh autor de *Bridesicle*, 2009.
- Mike Resnick autor de *The Homecoming*, 2011.
- Ted Chiang autor de *The Truth of Fact, the Truth of Feeling*, 2013.
- Rachel Swirsky autora de *If You Were a Dinosaur, my love*, 2013.
- Carrie Vaughn autora de *Amaryllis*, 2010.
- Ian Sales autor de *Adrift on the Sea of Rains*, 2012.

PRESENTACIÓN

La narrativa breve fantástica, en particular de ciencia ficción, atraviesa un momento particularmente dulce a escala mundial en cuanto a creatividad, trascendencia, calidad literaria y riqueza cultural.

Desde que hace unos años un puñado de publicaciones norteamericanas online abriera la puerta a una nueva hornada de escritores jóvenes y talentosos, autores procedentes de muy diferentes lugares del planeta, segundas generaciones de población inmigrante y un gran número de escritoras, esta imparable transformación positiva no ha hecho sino aumentar. Gracias a ello, ha sido posible tratar con cierta asiduidad temas que no habían estado nunca presentes en la agenda, no solo en el terreno de la ciencia ficción sino en el de la literatura general e, incluso, en nuestra propia sociedad, como el poscolonialismo visto desde la óptica de las culturas sometidas, la situación de la mujer en espacios alejados del foco mediático, la diferente sensibilidad por parte de algunas minorías étnicas, o aflorar de raíz y con valentía la problemática queer, por citar solo unos pocos ejemplos.

Esta renovación de autores, temáticas y acercamientos a nuestro presente tuvo como recompensa una mayor atención hacia el género por parte de lectores y crítica. En virtud de su gran calidad especulativa, estas narraciones empezaron a acaparar las categorías de ficción breve de la mayoría de premios especializados, desplazando de la relación de finalistas a las principales publicaciones del sector: Ana-

log, Asimov's Science Fiction, The Magazine of Fantasy & Science Fiction... sustituidas por nuevas cabeceras como Lightspeed, Clarkesworld, Apex, Strange Horizons, Tor.com, etc. Además, las antologías temáticas y las recopilaciones de «Lo mejor del año», tan habituales en el mundo anglosajón, comenzaron a poblarse de estas historias, que ofrecían una realidad alternativa más gris, compleja y mestiza que la anquilosada uniformidad del pasado.

No obstante, esta riqueza y multiculturalidad no se ha visto trasladada aún con la suficiente intensidad al terreno de la novela, formato más conservador y lento a la hora de adoptar los cambios, aunque podamos encontrar ejemplos paradigmáticos de que algo se está moviendo en obras como *The Three Body Problem* del chino Liu Cixin, primera novela escrita en un idioma diferente al inglés que gana el prestigioso premio Hugo y primera novela no anglosajona en ser nominada a los Nebula –los Óscars de la ciencia ficción y la fantasía– en casi cuarenta años, tras *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino.

Pero centrémonos en el aquí y el ahora. Con el fin de ofrecer al lector hispanohablante una porción, pequeña aunque significativa, de esta ingente producción surge *Nova Fantástica*, una nueva colección cuyo objetivo es disfrutar de nuestros géneros favoritos en formato breve.

No somos los únicos, ni los primeros. En España, pese a la crisis y la natural competencia de otras opciones de ocio, han surgido en los últimos tiempos diversos sellos y colecciones especializadas que han descubierto nuevos e interesantes nichos de mercado. Pero lo que nos diferencia de casi todos ellos es nuestra aspiración de querer publicar de manera regular volúmenes temáticos que ofrezcan parte de la mejor narrativa breve actual de ciencia ficción, fantasía y terror a nivel mundial. Relatos ganadores y finalistas de los más importantes premios internacionales junto a obras destacadas de las más prestigiosas firmas del género o, sencillamente, nuevas voces procedentes de geografías diversas

que reclaman su lugar en el mundo. Y reivindicar, igualmente, el enorme talento de muchos ilustradores fantásticos.

Tras un volumen inicial dedicado a autores fantásticos en español, *Mariposas del Oeste y otros relatos*, proseguimos nuestra andadura con una antología de ciencia ficción contemporánea internacional que hemos titulado *A la deriva en el mar de las Lluvias y otros relatos*. En ella, el lector podrá encontrar la emotiva historia del último viaje espacial de una madura mujer astronauta, cuentos que hablan acerca de las consecuencias de comercializar muñecas capaces de superar el test de Turing, de la explotación comercial de cadáveres redivivos, del difícil camino hacia el entendimiento y el perdón, de la subjetividad en el terreno de la percepción, de relaciones familiares alternativas surgidas tras un desastre ecológico, bellísimas historias de amor en clave de poema y nuevas oportunidades para la humanidad tras la completa destrucción de la Tierra.

Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de escritores tan destacados como Mary Robinette Kowal, Ken Liu, Will McIntosh, Mike Resnick, Ted Chiang, Rachel Swirsky, Carrie Vaughn e Ian Sales; cinco hombres y tres mujeres que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual, a quienes se suma en portada un artista de la talla de Alex Popescu.

En *Nova Fantástica* no nos mueve un afán lucrativo. Nuestra intención es, lisa y llanamente, editar títulos de interés para amantes de la ficción especulativa con los mayores estándares de calidad y profesionalidad posible, retribuir las colaboraciones al máximo de nuestras posibilidades y reinvertir el beneficio obtenido en el siguiente libro. Por tratarse de un proyecto modesto, la tirada física será necesariamente limitada, ajustada a los ejemplares de los suscriptores y un puñado de copias para librerías especializadas; por ese motivo, en siguientes títulos te sugerimos que

consideres seriamente la opción de suscripción (compra anticipada, con diversos beneficios como el envío gratuito a tu casa) o la opción de pre-venta que habilitan algunas librerías.

La apuesta es ambiciosa y el tiempo dirá si sostenible. Creemos poder ofrecer excelente material, en nuestro haber figuran grandes especialistas en traducción de género fantástico y ciencia ficción, tenemos ilusión por el futuro y muchas ganas de hacernos un hueco entre tus lecturas favoritas. Esperamos que disfrutes de este libro, lo comentes, valores, critiques, recomiendes su compra y nos sugieras otras historias con las que hacer crecer la colección. Contigo, Per aspera ad astra.

MARIANO VILLARREAL

LA SEÑORA ASTRONAUTA DE MARTE

Mary Robinette Kowal

MARY ROBINETTE KOWAL (Raleigh, Carolina del Norte, 1969) es escritora y titiritera profesional. Ha trabajado para Jim Henson Productions, Center for Puppetry Arts y en su propia compañía, Other Hand Productions; ha sido también directora artística de las revistas *Shimmer Magazine* y *Weird Tales*, y ocupado los cargos de secretaria y vicepresidenta en la Science Fiction and Fantasy Writers of America.

Tiene publicadas media docena de novelas, entre ellas *Shades of Milk and Honey* —nominada al premio Nebula en 2010—, y un libro de relatos, *Scenting the Dark and Other Stories*. Su narrativa breve ha aparecido en numerosos medios: *Cosmos Magazine*, *Strange Horizons*, *Apex Digest*, etc. así como en recopilaciones de prestigio como *Science Fiction: The Best of the Year* de Rich Horton. Relatos suyos han aparecido en el blog español *Cuentos para Algernon*, en donde destaca su premio Hugo «*Por falta de un clavo*». En 2008 obtuvo el premio John W. Campbell de mejor nuevo escritor.

«*La señora astronauta de Marte*» fue descalificado en los premios Hugo de 2013 por una razón técnica: había sido publicado en forma de audiolibro y no en formato texto, una decisión controvertida que propició numerosas protestas dentro de la comunidad de aficionados y profesionales del género. Poco después fue publicado en la página de la autora y en la web *Tor.com*, siendo nominado de nuevo y, esta vez sí, logrando el premio Hugo del año siguiente.

Una historia muy emotiva narrada con gran sensibilidad acerca del último viaje espacial de una madura mujer astronauta.

DOROTHY vivía en medio de las grandes praderas de Kansas, con su tío Henry, que era granjero, y su tía Em, la esposa de este. Y me había conocido, continuó explicándome, cuando yo estaba trabajando en las instalaciones contiguas a la granja de sus tíos, a la sombra de la grúa del cohete de la primera expedición a Marte.

Yo no recuerdo el encuentro.

Ella debía de ser una niña de corta edad y, ¡por Dios!, con tantos críos como había revoloteando al otro lado del perímetro mirándonos trabajar... Y todas las niñas querían hablar con la señora astronauta. Es decir, conmigo.

Estoy segura de que debí de hablar con Dorothy, porque sé que me paraba todos los días cuando atravesaba el perímetro al entrar y salir, y charlaba con ellos sobre cómo era aquello. Aquello era Marte, ¿qué otra cosa podía ser?

Marte era el monotema de conversación de todo el mundo. Los programadores sentados frente a las tarjetas perforadas. Las muchachas que las grababan tecleando interminables líneas de código. Las camareras de la cafetería que servían puré de patata y guisantes. Nathaniel con sus cálculos... Todos hablaban de Marte.

Así que el que no me acordara de una cría con la que al parecer había estado hablando de Marte... Bueno, tampoco es que sea nada sorprendente, ¿verdad? Intenté que mi rostro no reflejara mi desconcierto, pero sé que se dio cuenta.

Dorothy era ahora mi doctora. Bueno, hablemos con propiedad: Dorothy era la geriatra que estaba evaluándome. En Marte. Había acudido a su consulta para lo que pensaba que era un reconocimiento rutinario con objeto de

comprobar que seguía siendo apta para ser astronauta. A la NASA le gustaba actualizar su base de datos de manera periódica, y a mí me gustaba estar incluida en esa base de datos. No es que hubiera volado desde que había cumplido los cincuenta, pero mantenía mi nombre en la lista con la leve esperanza de que me dejaran volver al espacio, así que seguía acudiendo a los malditos reconocimientos.

Nuestro anterior doctor había regresado a la Tierra tras jubilarse, y no fue hasta mi cuarta visita a la consulta de Dorothy cuando ella mencionó Kansas y sus praderas.

Dorothy revolvió nerviosa las hojas que llevaba en la tablilla portapapeles y se aclaró la garganta. El rubor que inundó sus mejillas hizo destacar el azul de sus ojos.

—Discúlpeme, doctora York. No debería haberlo mencionado.

—No me llames doctora. Aquí la doctora eres tú. Yo no soy más que una amazona espacial. Llámame Elma. —Hice un gesto de saludo con la mano intentando tranquilizarla. La carne de la parte inferior de mi brazo se bamboleó y yo dejé caer la mano. Esa es una sensación que odio, y las batas de hospital solo consiguen acentuarla—. Me alegro de que lo hayas mencionado. Lo único es que me ha pillado por sorpresa. La última vez que te vi, ¿no les llegabas a los saltamontes por la rodilla?

—Así que ¿se acuerda de mí?

¡Ay!, esa esperanza... Si ella estaba en Marte era por mí. Lo notaba, me resultaba evidente. Algo que había dicho o hecho allá por 1952 había empujado a esta muchacha a venir a la colonia.

—Claro que me acuerdo de ti. ¿No hablábamos cada vez que atravesaba el perímetro? Salvo los días de colegio, claro. —Seguro que con eso no metía la pata.

—Todavía tengo el águila que me regaló —dijo Dorothy asintiendo entusiasmada.

—¿De veras?

Eso me dio que pensar.

Yo solía hacer águilas de papel utilizando tarjetas perforadas viejas mientras esperaba a Nathaniel. Sus programas podían tardar horas en ejecutarse y a él le gustaba quedarse vigilándolos. Las águilas eran de cartulina recortada: capas de tarjetas que pegaba juntas para hacer un pájaro en tres dimensiones. Lo normal es que estuvieran volando, y a mí me gustaba colgarlas en la ventana, donde los destellos de luz atravesaban los agujeros de las tarjetas y hacían que el pájaro pareciera refulgir. Tardaba dos o tres días en hacer una, así que lo normal hubiera sido que me acordara de haberle dado una a una niña de fuera del perímetro.

—¿La trajiste contigo hasta aquí?

—La tengo en mi despacho. —Se puso de pie como si esa fuera la pregunta que hubiera estado esperando que le hiciera desde mi primera visita, luego bajó la mirada hacia la tablilla que tenía en las manos y frunció el ceño—. Deberíamos terminar con las pruebas.

—Por mí bien. Las mismas pocas ganas de hacérmelas voy a tener ahora que luego. —Alargué el brazo con la muñeca vuelta hacia arriba para que pudiera tomarme el pulso. Para entonces ya me conocía la rutina—. ¿Cómo está tu tío?

Apoyó en mi muñeca sus dedos, que estaban congelados.

—Mi tío y mi tía Em murieron cuando estalló el Orión 27.

Tragué saliva, sintiéndome fatal por mi falta de memoria. Así que ella era nada más y nada menos que aquella cría. Dorothy me había contado todo lo que necesitaba saber, pero mi viejo cerebro estaba demasiado aturullado como para encajar las piezas. Me pregunté si tomaría nota de ello y si por culpa de eso me declararían no apta.

Dorothy había vivido en una granja en medio de las praderas de Kansas con su tío Henry y su tía Em. Cuando el Orión 27 cayó convertido en una bola de fuego, la zona es-

taba atravesando una época de sequía. Los trozos más voluminosos de la nave se estrellaron en una granja.

Ningún edificio resultó aplastado, pero más hubiera valido que hubiese ocurrido justo lo contrario, ya que eso les habría evitado a sus habitantes el morir abrasados vivos.

Cerré los ojos y entonces sí que vi tal como era a aquella niñita a la que había olvidado. Con las trenzas castañas cayéndole por la espalda y los vaqueros una talla demasiado grande, el bajo remangado para que se vieran los calcetines tobilleros y las zapatillas de deporte.

Alguien la había señalado y había dicho: «La niña de la granja de los Williams».

Yo ya la había visto otras veces, pero de esa manera en que se ve a las mismas personas de todos los días sin fijarte en ellas. E incluso entonces, con alguien señalándola, tampoco llamaba la atención entre la muchedumbre. Al verla nadie se habría imaginado que acababa de sufrir una tragedia. Supongo que todavía no la había asimilado.

Yo me había apartado del séquito de periodistas y asesores que me seguían y me había acercado a ella, que había inclinado la cabeza hacia atrás y alzado la mirada hacia mí. Porque resulta que yo antes era bastante alta...

Me acuerdo de cómo me preguntó con esa voz de tiple alto típica de los niños pequeños:

—¿Aun así vas a ir a Marte?

Yo había movido la cabeza afirmativamente y luego le había dicho:

—A lo mejor algún día tú también puedes ir.

Ella ladeó la cabeza, como si se lo estuviera pensando. No recuerdo qué me respondió, pero sé que debió de decirme algo. Sé que debimos de charlar un rato más porque le di el águila de marras, pero la conversación que tuvimos... no hay manera de que consiga recordarla.

Me dediqué a mirar a la Dorothy actual mientras ella me remangaba y colocaba alrededor de mi brazo el manguito para medir la presión arterial. Tenía el mismo cabello oscu-

ro que la niña que había sido, pero ahora lo llevaba corto y, con la escasa gravedad de Marte, se le arremolinaba en mechones que recordaban el plumón de un pájaro recién nacido.

La forma de los ojos también era la misma, pero ahí acababa todo. La suave redondez de las mejillas había desaparecido mucho tiempo atrás, dando paso a unos pómulos altos y una mandíbula demasiado afilada para que se la pudiera considerar hermosa. Y justo encima de la ceja izquierda tenía una cicatriz blanca que apenas se notaba.

—La presión arterial la tiene mejor —dijo dibujando una sonrisa mientras me quitaba el manguito—. Desde la última visita debe de haber estado haciendo ejercicio.

—Cuando un médico me dice algo, yo hago caso.

—¿Cómo está su marido?

—Por el estilo. —Intenté cambiar de tema aunque, siendo como era también paciente suyo mi marido, tenía derecho a preguntar; observé de soslayo lo alta que era—. ¿Cuántos años tenías cuando viniste a Marte?

—Dieciséis. Íbamos a venir antes, pero... pues eso. —Se encogió de hombros, y con eso ya quedó todo dicho sobre por qué no había sido así.

—Lo de tu tío, ¿verdad?

—Oh, no —dijo negando con la cabeza un tanto desconcertada—. Oh, no. Mis padres. Teníamos que haber venido en la nave de la primera colonia, pero un camión maderero perdió la carga.

Consternada, me limité a mirarla de hito en hito. Si tenían que haber venido en la nave de la primera colonia, entonces sus padres no podían haber muerto mucho antes de que el Orión 27 se estrellara. Me humedecí los labios.

—Y después de vivir con tus tíos, ¿adónde fuiste?

—Me fui con mi primo, su hijo. —Cogió una de las jeringuillas que había traído—. Hoy tengo que sacarle un poco de sangre.

—Tengo mejores venas en el brazo izquierdo.

Mientras frotaba con un algodón donde iba a pinchar, aparté la mirada y observé un gráfico colgado en la pared en el que se recordaba que había que tomar los suplementos de vitamina D. La luz que llega a Marte no es suficiente para la mayor parte de los seres humanos.

Ahora bien, las estrellas... Cuando podías verlas, las estrellas eran sublimes. ¿Era eso lo que había empujado a Dorothy a venir a Marte?

Cuando llegué a casa de la consulta de la doctora, de la consulta de Dorothy, la enfermera estaba terminando de lavar a Nathaniel con una esponja. Genevieve asomó la cabeza por la puerta del cuarto, con las manos todavía goteándole.

—Vaya, hola, doña Elma. Hoy nos lo estamos pasando de miedo, ¿verdad que sí, señor Nathaniel? —Su sonrisa podría haber iluminado un hangar de lo radiante que era.

—Bien que sí. —Nathaniel sonaba animado y sano, siempre que no se lo mirara—. Genevieve me ha contado un chiste nuevo. ¿Cómo era?

La enfermera volvió a entrar en la habitación y dijo:

—¿Qué es lo que vio el astronauta en el fregadero? Un objeto frotante no identificado.

Nathaniel se echó a reír, la respiración tan solo ligeramente sibilante. Me quité los zapatos en el vestíbulo despolvador, para mantener a raya la omnipresente arenilla marciana, crucé la cocina y me apoyé en el marco de la puerta del dormitorio. En tiempos había sido el despacho de Nathaniel, pero ahora necesitábamos un dormitorio en la planta baja.

—Ese es muy bueno —dije.

Nathaniel estaba sentado en una toalla en el borde de la cama mientras Genevieve lo lavaba. Sin la camisa, las costillas se le marcaban crudamente bajo la piel. Cada uno de los huesos de sus brazos se apuntaba bajo la superficie